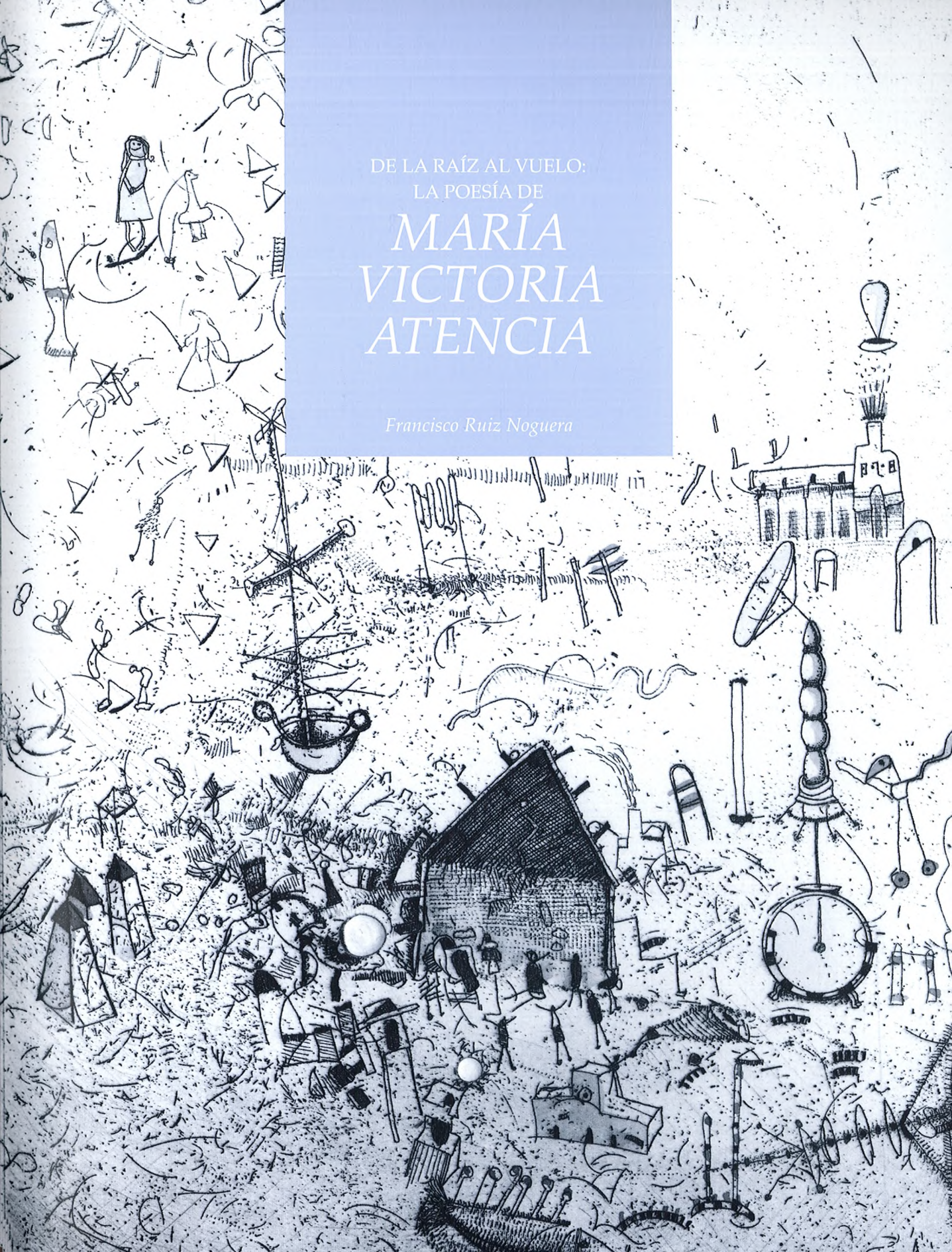


DE LA RAÍZ AL VUELO: LA POESÍA DE *MARÍA VICTORIA ATENCIA*

Francisco Ruiz Noguera

EL PAÍS, miércoles 7 de mayo de 2014

vista & artes

cultura

Una comunión entre clasicismo y modernidad

María Victoria Atencia recibe el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana

WINGTON MANRIQUE SABOGAL
Madrid

Largos silencios interrumpidos por poemas intermitentes donde lo clásico, tradicional y cotidiano se impregna de modernidad. A vuelo de pájaro, es así la poesía de María Victoria Atencia (Málaga, 1931), poesía de la Generación de los 50, a quien ahora convoca el ser el XXIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, convocado por Patrimonio Nacional y la Universidad de Salamanca.

La nube gris que tenía ayer sobre su cabeza, y la tenía "un poco castiza", fue ensombrada por esa poesía que le dio José Rodríguez Spiteri, presidente de Patrimonio Nacional y miembro del jurado. Era como la una y cuarto de la tarde. Ella estaba en su casa malagueña, y se le percató de que se convertía en la primera española y la cuarta mujer en obtener este galardón —el más importante para poetas en español— de sus 25 ediciones, tras la cubana Fina García Marruz (2011), la peruana Juan Ramón Jiménez, Rilke, Cavafis...

De estas lecturas y de otras más que no vienen a su mente, ahora, están hechos sus poemas, algunos de los cuales han salido de sus viejos cuentos pluto de avión cielo sobre España en un Cesma. Y un con una vuelta.

Ha sabido "dialogar con la tradición" y "convertir lo cotidiano en algo trascendente", destacan Soledad Puértolas y María Ángeles Pérez López, miembros del jurado. Lo ha hecho con poemas sobre cosas sencillas como:

Dice hoy: "Fría y rugosa, apenas/debió correr un agua por esas/ que llamamos/ su memoria o sus nervios./ en el bosque en que mupo el latido del día/ y se ofrecía al

"Convierte lo cotidiano en algo trascendente", afirma el jurado

María Victoria Atencia, fotografiada en el salón de su casa de Málaga. / JULIA RODAS

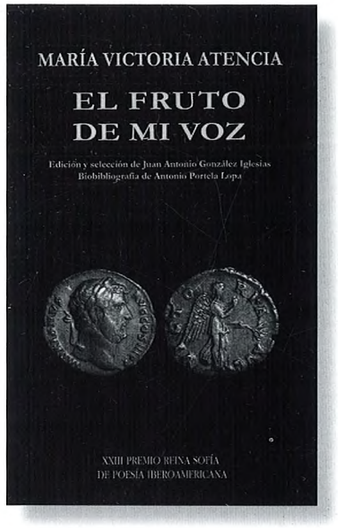
Premio Reina Sofía en 2014

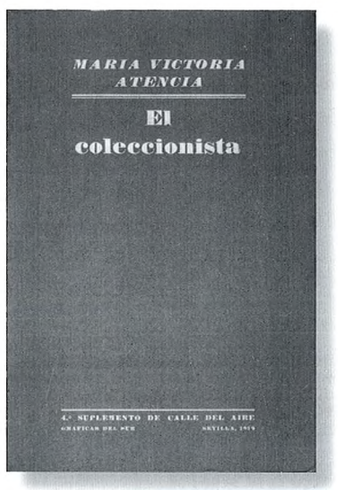
«He escrito poco a poco y de ahí ha surgido una obra que hoy me sobrecoge y me parece algo extraordinario y sorprendente. [...] Nunca pensé que algo tan íntimo y tan personal y tan de mi tierra llegara a ser esto»: son éstas palabras del discurso de agradecimiento que pronunció María Victoria Atencia en el acto de entrega del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana el 28 de noviembre de 2014, día, por cierto, en que cumplía 83 años. Afirmaba María Victoria que recibía el premio como «un cumplimiento: el de toda una vida dedicada a la poesía» y que «cuanto más alto es el honor que recibimos, más debe difuminarse nuestro yo».

El extrañamiento ante la obra propia que esas palabras revelan está en total consonancia con la trayectoria serena y callada de la poeta que ha visto, sin embargo, cómo, en los últimos años, ha llegado la hora de los reconocimientos públicos con la concesión de tres de los grandes premios de la poesía hispánica: Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca (2010), Premio Real Academia Española (2012) y el ya mencionado Premio Reina Sofía (2014)[1].

Por otra parte, también en los últimos años, han aparecido cinco antologías

1 Su obra había sido reconocida con anterioridad con el Premio Andalucía de la Crítica (1998), el Nacional de la Crítica (1998) y el Luis de Góngora de las Letras Andaluzas (2000). En 2005, fue nombrada Hija Predilecta de Andalucía; en 2011, Doctora Honoris Causa por la Universidad de Málaga, y en 2014, autora del año del Centro Andaluz de las Letras.





de su obra[2], lo que pone de manifiesto el progresivo interés por la poesía de una autora a la que, hasta no hace mucho tiempo, bien podía aplicársele el consabido calificativo de «autora de culto», o, al menos, el de ser escasamente conocida fuera del ámbito andaluz, y esto no porque su poesía hubiese pasado inadvertida para voces autorizadas (aunque tal vez sí para lo repetitivo de esquemas y, a veces, lo esclerótico, de cierta crítica): valga como ejemplo que, en la última de esas antologías —*El fruto de mi voz*—, el editor, Juan Antonio González Iglesias, distribuye los poemas en cuatro apartados: Serena, Clásica, Espiritual, Viajera; pues bien, cada una de ellas se abre con un texto relativo a la autora, escritos, respectivamente, por Jorge Guillén (el poema «María Victoria Atencia» de 1978, publicado luego, como pórtico de *El coleccionista*), Vicente Aleixandre (el texto en prosa «Unas palabras» que figura como introducción de la antología *Ex libris*), María Zambrano («El reposo de la luz», texto introductorio al libro *Trances de Nuestra Señora*) y Zenobia y Juan Ramón Jiménez («Carta de Zenobia y Juan Ramón Jiménez», fechada en Puerto Rico el 5 de abril de 1956 y dirigida a «María Victoria, Rafael León y Bernabé Fernández Canivell»). No puede decirse, por tanto, que María Victoria Atencia fuese, precisamente, una desconocida.

Pero vengamos al presente: el caso es que estos reconocimientos y publicaciones son, sin duda, una nueva y buena ocasión para celebrar la poesía de la autora malagueña aunque, en realidad, la gran poesía no necesita la argumentación de galardones para merecer reconocimientos y para ser celebrada; basta con asomarse a ella para ver su altura, y altura y singularidad están en la base de esta poesía hoy tan celebrada y homenajeada. Esa es la única argumentación posible en este caso, porque la poesía de María Victoria tiene ese carácter, y eso es algo que está presente, incluso, en lo personal de su trayectoria y en el lugar preciso que su obra ocupa en el entorno literario de sus coetáneos, porque, como sabemos, María Victoria Atencia es una poeta que, por cronología, pertenece a la generación del 50; sin embargo, la estética y el mundo de su obra escapa, en la mayoría de los casos, de la estética canónica de ese grupo, y hay ocasiones en que se acerca a los modos de lo que será el lenguaje de la generación siguiente: la del 70 o de los novísimos (por ejemplo, por la presencia de abundantes elementos culturalistas en algunos de sus libros); y en otras, conecta con una de las líneas más luminosas de una generación anterior, la primera de posguerra: la línea que corresponde a la estética del grupo *Cántico*, con cuyos miembros tuvo y tiene amistad y complicidades.

Tal vez por todo eso, por lo personal de su escritura y también por su apartamiento y silencio durante largo tiempo, su voz (su estética) queda claramente singularizada en el contexto de la poesía española del último medio siglo, de cuyo coro estuvo, incluso, durante bastante tiempo, un tanto al margen.

En cuanto al otro argumento, el de su altura, es cualidad cimentada en la forma y el enfoque con que, en su poemas, nos presenta su mundo; es decir, es una altura basada en la que creo que es la razón última de toda gran poesía: el cuidado y la precisión en el tratamiento del lenguaje para ahondar con él en la realidad, el valor del ritmo y la aspiración mallarmeana de dar un nuevo sentido a las palabras de la tribu o, al menos, de recuperar valores primigenios. Sobre estas cuestiones trata con frecuencia la poeta en su libro de ensayos de título borgiano *El oro de los tigres*[3], y también en algún poema, como «La palabra», del libro *El hueco* (2003):

La palabra agotada por su uso,
su propio peso exhausto, su medida,
alza de nuevo su antigua dimensión y viene
—aspiración apenas— a mi lápiz,
tan transitoria y leve
como el amor, en la memoria
atosigada por su desmesura.

2 Son las siguientes: *Ensayo general*, edición de Rafael Juárez, Granada, Excmo. Ayuntamiento, Col. Granada Literaria, 2011; *Como las cosas claman*, prólogo de Guillermo Carnero, Sevilla, Renacimiento, Col. Antologías, 2011; *A este lado del paraíso*, selección e introducción de Francisco Ruiz Noguera, Sevilla, Junta de Andalucía: Consejería de Educación, Cultura y Deportes, 2014; *Las iluminaciones*, prólogo y selección de Clara Janés, Madrid, Salto de Página, 2014; *El fruto de mi voz*, edición y selección de Juan Antonio González Iglesias y biobibliografía de Antonio Portela Lopa, Salamanca, Universidad de Salamanca y Patrimonio Nacional, 2014.

3 MªVictoria Atencia: *El oro de los tigres*, Benalmádena (Málaga), E.D.A. Col. Lecciones de cosas, 2009.

Singularidad y altura, por otra parte, van ligadas a otra característica que en varias ocasiones he señalado[4] en su obra: lo coherente de su mundo y su lenguaje; así, por ejemplo, en *El umbral* (2011), último de sus libros, el primer poema, «Este hilo de vida», es una clara muestra de esa gran coherencia en lo formal y en lo conceptual: brevedad, como de costumbre, en la composición, ritmo pausado con base en cláusulas heptasilábicas (entre las que se engasta, en ocasiones, algún endecasílabo), valor de la observación (en *El oro de los tigres*, afirma: «De Rilke aprendí no a ver sino a mirar; a mirar de un modo que me mostrase la realidad más profunda [...] de las cosas»[5]), huida de la estridencia a la hora del enfoque, y, muy especialmente, diálogo: diálogo, por una parte, entre el yo poético y su entorno (con el que llega, incluso, a una fusión o confusión de planos e identidades), y diálogo, por otra, de este texto (y de otros del libro) con textos de libros anteriores. Recordemos el poema:

Ahora que tantas horas van quedándose atrás
y olvido ya su hechura y pertenencia,
vuelvo a sentirme en un aletear tras de los vidrios
que empieza a deshacer la oscuridad del cielo
como si, con sus plumas de poetas mayores,
viniesen el petrel o el martín pescador a avisarme
de que aún no ha cambiado más de lo que es preciso
este hilo de vida en el que me sucedo.

Ese «hilo de vida», aunque «hilo» —con toda la carga de sugerencia de fragilidad—, sigue siendo la constatación del propósito enunciado en el poema «La apuesta», del libro *Las contemplaciones* (1997):

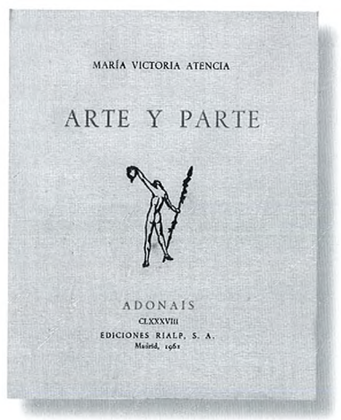
4 Me refiero a los siguientes artículos e introducciones: «Sobre la poesía de María Victoria Atencia», *Anthropos*, 97, (Barcelona, junio, 1989), pp. 30-32.; «Para unos pocos lectores», suplemento literario del diario *Córdoba*, 19 de diciembre de 1991, p. 30; «Para una lectura de la obra de María Victoria Atencia», en María Victoria Atencia: *Vida propia*, introducción y selección de Francisco Ruiz Noguera, Universidad de Málaga, Aula de Letras, 1996; «María Victoria Atencia: la mirada, el gesto, la palabra», *Litoral*, 213-214 (Torremolinos, 1997) [en el volumen *El vuelo*, monográfico dedicado a MVA] págs. 189-192; «María Victoria Atencia: lo cotidiano y lo trascendente», Suplemento monográfico de *Málaga-Hoy*, Málaga, 2011; «Acercamiento a la poesía de María Victoria Atencia», introducción a la antología *A este lado del paraíso* (2014, cit.).

5 *El oro de los tigres*, o. c., p. 12.

Cuando súbitamente te abandonen las formas,
se colme de vacío tu plenitud de hueco
y sientas su propuesta de abandono acecharte,
apuesta por la vida y añade a su grandeza
la levedad, al menos, de un junquillo de marzo.

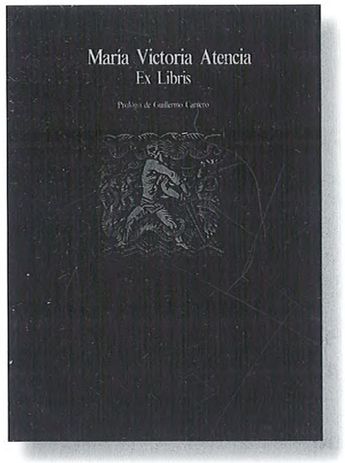
La poesía de María Victoria Atencia tiene mucho de poesía celebratoria (incluso en los momentos en que hay algún toque elegíaco e incluso en los momentos, más frecuentes, de la reflexión sobre cuestiones de calado), pero es una celebración que está enfocada siempre desde el ángulo de una serenidad que solo en apariencia puede confundirse con el distanciamiento: la suya es una poesía de implicación del yo con el mundo y del yo con la trascendencia.

Es probable que esto sea más evidente en la última etapa de su escritura, me refiero a la que empezó en 1997 con *Las contemplaciones* y ha seguido con tres libros ya de este siglo: *El hueco* (2003), *De pérdidas y adioses* (2005) y *El umbral* (2011), pero ese carácter de mirada y aspiración doble (por una parte, a lo inmediato y, por otra, a lo trascendente) viene de atrás. Hace ya más de veinticinco años, en un artículo publicado en la revista barcelonesa *Anthropos*, hablaba yo de que, en gran medida, la génesis de la obra de María Victoria Atencia viene a ser consecuencia de la tensión entre dos fuerzas: su arraigo a lo cotidiano y su afán de vuelo[6]: algo que está claramente manifiesto, a mi entender, en el comienzo del soneto «Sazón», del cuaderno *Cuatro sonetos* (1955), recogido luego en el libro *Arte y parte* (1961):



Ya está todo en sazón. Me siento hecha,
me conozco mujer y clavo al suelo
profunda la raíz, y tiendo en vuelo
la rama cierta, en ti, de su cosecha.

6 Francisco Ruiz Noguera: «Sobre la poesía de María Victoria Atencia», *Anthropos*, cit.



Arte y parte[7] fue el primer libro de María Victoria Atencia, corresponde a una etapa en que su poesía es casi secreta. Por entonces, solo había publicado algunos cuadernos: *Tierra mojada* (1953), *Cuatro sonetos* (1955) y *Cañada de los Ingleses* (1961)[8].

Tras quince años de silencio, aparece su segundo libro, *Marta & María* (1976) y, en los años restantes de la década de los setenta, tres títulos más: el cuaderno *Los sueños* (1976) y los libros *El mundo de M. V.* (1978) y *El coleccionista* (1979)[9].

Es decir, su obra se había ido publicando en una serie de muy cuidadas ediciones que, por lo general, tenían una reducida tirada y muy limitada distribución (la mayoría de las veces, publicaciones no venales), lo que, claro está, dificultaba a los lectores el acceso a una voz personalísima; de manera que la obra de María Victoria llegaba a una minoría dentro de la minoría a que, ya de por sí, se limita el círculo estrecho de lo poético.

Esta situación cambia a partir de 1984 en que aparece, en la colección Visor, el volumen *Ex libris*[10], que recoge una amplia muestra de la poesía escrita por María Victoria hasta aquel momento. A partir de *Ex libris*, su obra se ha ido editando en las colecciones de mayor difusión nacional: *Compás binario* (1984), *Trances de Nuestra Señora* (1986) y *La pared contigua* (1989) en Hiperión (Madrid); *Paulina o el libro de las aguas* (1984) en Trieste (Madrid); *De la llama en que arde* (1988) en Visor (Madrid); *La intrusa* (1992) en

7 *Arte y parte*, Madrid, Rialp, Col. Adonais, 1961.

8 *Tierra mojada*, Málaga, Imprenta Dardo, 1953; *Cuatro sonetos*, Málaga, Cuadernos de Poesía, 1955; *Cañada de los Ingleses*, Málaga, El Guadalhorce, Cuadernos de María Cristina, 1961.

9 *Marta & María*, Málaga, Imprenta San Andrés, 1976; *Los sueños*, Málaga, Imprenta Dardo, 1976; *El mundo de M. V.*, Madrid, Ínsula, 1978; *El coleccionista*, Sevilla, Calle del Aire, 1979.

10 *Ex libris*, Madrid, Visor, 1984.

Renacimiento (Sevilla); *A orillas del Ems* (1997) en la revista *Litoral* (Torremolinos); *Las contemplaciones* (1997) y *El hueco* (2003) en Tusquets (Barcelona) y *El puente* (1992), *De pérdidas y adioses* (2005) y *El umbral* (2011) en Pre-Textos (Valencia).

Por otra parte, en 1990, aparecieron dos volúmenes en los que se recogía, casi al completo, su obra: una *Antología poética*, preparada por José Luis García Martín y publicada en Castalia (Madrid), y *La señal*, cuya edición —con un estudio introductorio de Clara Janés— estuvo al cuidado de Rafael León, en la malagueña Colección Ciudad del Paraíso.

Dentro siempre de la coherencia de su mundo poético, son varias, no obstante, las etapas en la obra de María Victoria: las publicaciones iniciales, caracterizadas —en palabras de Guillermo Carnero[11]— por una «inmediatez expresiva» (títulos como *Tierra mojada*, *Cañada de los Ingleses* y *Arte y parte*); una segunda, presidida por la evocación de la infancia, en la que se hallan, según mi criterio, dos de sus libros capitales: *Marta & María* y *El mundo de M. V.* (también aquí, el breve cuaderno *Los sueños*); un tercer momento en que, junto a la apreciación de lo cotidiano, vienen a sumarse motivos propios del culturalismo (libros como *El coleccionista*, *Compás binario*, *Paulina o el libro de las aguas*, e incluso, aunque anunciando ya un tránsito, *De la llama en que arde*). Su siguiente libro, *La pared contigua* (1989), parece iniciar un cuarto momento en esta evolución: corresponderían a él dos títulos de 1992: *La intrusa* y *El puente*, se trata de una nueva etapa en la que —además de ciertos matices formales de depuración expresiva— cabría resaltar un mayor hermetismo propiciado por la intensificación de la elipsis, el conceptismo y la sugerencia, que llevan, en ocasiones, a un tono de simbolismo que, a veces, recuerda el antiguo cuaderno de 1976: *Los sueños*; una etapa, en fin, que desemboca en los cuatro últimos libros mencionados antes: *Las contemplaciones*, *El hueco*, *De pérdidas y adioses* y *El umbral*, en los que predomina el ahondamiento en cuestiones que la han acompañado siempre, con un perfil, ahora, cercano al misticismo: las referencias intertextuales a la poesía mística española son abundantes en estos nuevos poemas de María Victoria, y no solo en los poemas: ella misma ha reflexionado sobre este asunto en uno de los ensayos («Lo indecible») de *El oro de los tigres*:

> Me defino como profunda y esencialmente religiosa. Religiosa por vocación y por necesidad. Creo que sin algún modo de religiosidad, de «religación», seríamos o somos incapaces de entender el orden por el que cada cosa ocupa su lugar y es lo que es, o tiene una incontenible

11 Guillermo Carnero: «Prólogo» a *Ex libris*, o. c. p. 11.

vocación de serlo. Desde luego, en el orden de cualquier religión, aparecen unas vías «místicas» (es decir, «secretas») por las que podemos sentir mejor nuestra participación en ese orden. Con ellas, y no con la literatura, es con lo que se relaciona la poesía. Lo terrible, pero hay que admitirlo así, es que esas vías (esas subidas al monte Carmelo) son «inefables» (es decir, «indecibles»).[12]

A pesar del señalamiento de estas etapas, debe tenerse en cuenta que, como ya dije, la coherencia de su mundo poético es extraordinaria, de manera que, al igual que hay serenidad compositiva en sus poemas, la hay también —sin trazas de estridencia o cambios forzados— en su evolución; lo advirtió también García Martín en el estudio introductorio a la *Antología* de Castalia, «el mundo de María Victoria Atencia continúa siendo el mismo, como en todo poeta auténtico: nadie es capaz de saltar por encima de su propia sombra»[13]. Y es que, tomando el lema —un verso del *Infierno* de Dante— con que se abre uno de sus libros, «Cada uno se reviste de la llama en que arde», y lo demás es impostura.

Ya lo señaló también Pablo García Baena cuando habló de su «encadenada fidelidad a lo real, siguiéndola desde niña por las galerías de lo autobiográfico»[14]. El internamiento por esas galerías de la memoria para rescatar, mediante la palabra, lo vivido (aunque sea lo vivido inmediato), cuenta, en ocasiones y a la manera proustiana, con la guía de los sentidos: alguna sensación —casi siempre un aroma— procura la evocación de un momento. Clara Janés, en la introducción a *La señal*, estudia con detalle este componente bajo el epígrafe «Una brisa, un erotismo soterrado»[15].

La propia María Victoria Atencia, al reflexionar sobre su poesía, se detiene en este valor del recuerdo y de la sensación. En un texto titulado «Sobre la taza, su asa y su hueco», que apareció en la revista malagueña *El Laberinto de Zinc*, dice:

12 *El oro de los tigres*, o. c., p. 13.

13 José Luis García Martín: «Introducción» a María Victoria Atencia: *Antología poética*, Madrid, Castalia/Instituto de la Mujer, 1990, p. 35.

14 Pablo García Baena: «*El coleccionista*, de María Victoria Atencia», diario *Sur*, Málaga, 21 de febrero de 1980.

15 Clara Janés: «Prólogo» a *La Señal*, Málaga, Excmo. Ayuntamiento, Col. Ciudad del Paraíso, 1990, p. XXIX.

> He visto que suelo ocuparme de temas muy leves o aparentemente muy leves, por lo general sobre recuerdos de cosas o de sensaciones muy anteriores; que no lo hago sobre algo que me haya afectado con sobresalto; que me voy adentrando por el poema a partir de una certeza —si puede llamarse así— que frecuentemente irá a parar a los versos finales, que de una taza no me importa su asa o su cuenco sino el vacío que la colma y al que debe su condición de taza.[16]

Es muy frecuente, en efecto, en esta poesía presentar la percepción del mundo (o la memoria que de ese mundo se tiene) por sus efectos, entrando, a veces, en un clima de indeterminación donde realidad, evocación y deseo se mezclan con sutileza; así, por ejemplo, en el poema «Daralhorra»[17], del libro *De la llama en que arde*:

> La memoria del agua —no el agua— sostenía
> las frágiles, antiguas columnas de alabastro
> —o confundo los sitios—, y un perfume de cedro
> —no el cedro— me invitaba a un patio en el que apenas
> puse el pie, puse el alma —o confundo el instante—.
> Mi perpetua exiliada, alma mía, de mí:
> dame un quicio de apoyo, ten un nombre siquiera,
> cíñame una granada su corona de layo.

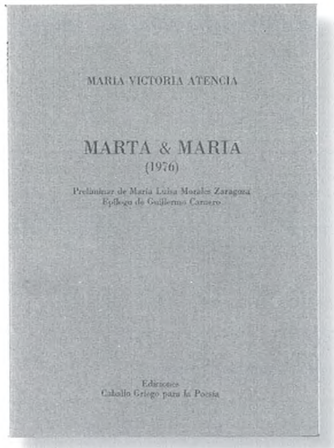
Unos versos de este poema vienen a ejemplificar aquello a lo que antes me referí —a propósito del soneto «Sazón»— sobre la génesis de la poesía de María Victoria como el resultado de la tensión entre dos fuerzas: el arraigo en lo cotidiano y el afán de vuelo; me refiero a esos versos:

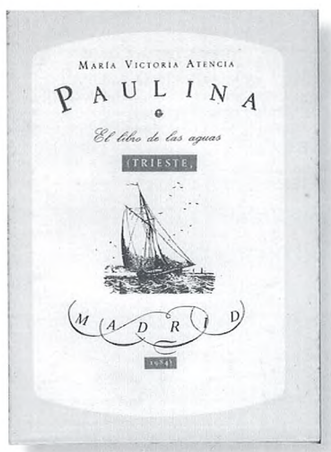
> Mi perpetua exiliada, alma mía, de mí:
> dame un quicio de apoyo

Y también eso mismo está claramente en el simbolismo que encierra el título de una de sus obras (*Marta & María*). E incluso en el poema «Escaleras de Praga», del libro *El puente*:

16 María Victoria Atencia: «Sobre la taza, su asa y su hueco», *El Laberinto de Zinc*, 2 (Málaga, otoño, 1996), p. 35.

17 *Daralhorra* es también el título de un cuaderno de la colección *Pliegos de vez en cuando*, nº 6, 1990, cuidada por Antonio Carvajal.





Quise apremiar mis fuerzas para estrechar un cerco
de lápiz en el mapa, la delación de un puente
o unas palabras rotas mas con razón bastante
para irme arrebatando de mi vida y de mí,
y en el tramo vigésimo de la pina escalera
o herida que en dos labios divide a los brozales
un saúco me afirma en su esplendor perpetuo.

Y, de igual modo, está esa dualidad en poemas como «Vuelo» y «Tierra» de *El hueco*; o en poemas como «Los pájaros» y «Azor» del libro *De pérdidas y adioses*, o en «Los vencejos» de *El umbral*:

Cuando alcen los vencejos, cenital, su desorden
y la tarde se ponga de tan insoportable-
mente bella, del color de la lluvia,
dale a la desmemoria su espacio suficiente, y olvida
el descanso de ti, y olvídate de ti, y olvídame,
y ve con ellos, vete con la tarde.

Se nos muestra María Victoria Atencia como una observadora que, desde un lugar apartado y silencioso —y «en el acontecer mudable de los días»—, va dando cuenta de lo que mira: tanto hacia el exterior como hacia el interior: la evocación y el recuerdo como forma de aprehensión y de salvación no solo de la realidad sino de uno mismo: tras la enumeración de algunas ciudades (Florencia, París, Granada, Ámsterdam) «por las que soy quien soy» —dice la poeta—, leemos en el poema «La ciudad», del libro *La intrusa*:

Pongo especial cuidado interior al vestirme otra vez
[de un recuerdo
que las salva —y me salva, aunque eso no importa—,
y erijo estas palabras

Una de las constantes fundamentales en su obra es, como ya dije, la serenidad en la evocación de lo cotidiano: una serenidad, patente —tanto por la expresión como por el enfoque— en toda su obra. Muy especialmente, en el ritmo de sus poemas: un ritmo sereno y fluido que, además de ser la base de lo expresivo, se manifiesta en el tratamiento de los asuntos; tal el caso del poema «El gesto» con el que se cierra el libro *De la llama en que arde*:

Por si el frío quebrara la puerta de mi casa,
dueño ya de los bajos y el hueco de escalera
tras de su largo asedio en la calle arrecida,
voy a ordenar los libros, los cubiertos, la ropa;
voy a cerrar el gas y componer el gesto
con que han de rencontrarme cuando el deshielo llegue.

«El gesto» puede tomarse, en cierto modo, como síntesis de una forma de entender la escritura y la vida, como una poética estético-vital: partir de lo inmediato, de lo cotidiano para remontarse y universalizarlo, para procurar una dimensión trascendente.

En *El oro de los tigres*, reflexiona María Victoria, en varias ocasiones, sobre este asunto; la cita del ensayo «Modos de encuentro» —con la que acabo ya este nuevo acercamiento a su obra— es suficientemente explícita sobre ese doble plano que estaba ya —tal vez de forma intuitiva— en la joven poeta que, en 1955, escribía «Sazón», germen, como dije —desde mi punto de vista— de esta poética:

> Creo que el mayor atentado a un poema es limitarlo en una sola dirección: la que busca su apoyo en la intimidad biográfica del poeta o la que reduce el poema a la ocasional anécdota que lo suscitó.
>
> Porque esos son apoyos de los que el poema carece: el poema es, por definición, una intimidad confesada. Pero una intimidad suya —del propio poema— y que excluye e incluso suplanta a la de quien lo ha escrito.
>
> Mi poesía (y quiero decir con ello su cerco a mi campamento y mi asedio al suyo) parte siempre de un hecho biográfico, por leve que sea, o de un hecho cultural, pero acogido este como vida propia y del que no sea precisa otra referencia [...].
>
> Es decir, que mi poesía parte siempre de una vivencia propia o asumida, elegida o impuesta, y con la que el poema se identifica sin que importen mi aceptación o mi rechazo.[18]

18 *El oro de los tigres*, o. c., pp. 26-27.